

Racismo y discursos de odio

Gerardo Gutiérrez Cham

■ Doi: 10.54871/ca25ac0e9

Introducción

Este trabajo forma parte de un proyecto amplio dedicado al análisis de procedimientos discursivos en contextos de odios racializados. De manera más específica, lo expuesto aquí se vincula con investigaciones anteriores enfocadas al desvelamiento crítico de maniobras discursivas usadas por grupos hegemónicos que sistemáticamente han tratado de legitimar condiciones de opresión, explotación y precariedad extrema. Tal es el caso de personas que fueron esclavizadas durante el siglo XIX, durante periodos previos a las aboliciones en diferentes territorios del continente americano. En el libro *Narrativas de exesclavizados afroamericanos. Conflictos de autoría* publicado en 2022 como parte de la colección “Afrontar las crisis” del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS) se analizan las complejas condiciones de discriminación, racismo y silenciamiento que debieron afrontar personas que habían sido esclavizadas, a fin de que sus narrativas testimoniales pudieran ser publicadas y legitimadas como obras dignas de atención histórica. Específicamente en ese trabajo abordé los casos de Olaudah Equiano (1745-1797), Mary Prince (1788-1833), Juan Francisco Manzano (1797-1853) y Mahomma Gardo Baquaqua (1820-30? -1857?). Pude constatar que

los bloqueos sistemáticos que padecieron estos autores, en buena medida se debieron al hecho de que eran personas negras que fueron esclavizadas durante largos periodos de sus vidas, pero, sobre todo, padecían trabas como autores, porque odios ancestrales que durante mucho tiempo habían impedido a personas negras aprender a leer y a escribir en condiciones escolarizadas libres de castigo seguían todavía muy vigentes.

Pero los odios que padecieron miles de personas durante los periodos coloniales no eran estrictamente nuevos. Quizá el odio entre seres humanos ha existido en cualquier época. Sin embargo, ahora se odia abiertamente, incluso con descaro. Ya no hace falta ocultarse tras la careta de un anónimo. En redes sociales es posible lanzar toda clase de mensajes racistas cargados de odio, sin reparo alguno. Precisamente en este ensayo analizo algunos procedimientos de instrumentalización política del odio contra migrantes y personas de identidad afro en México.¹ Quisiera dar inicio compartiendo una breve anécdota. Hace años, en 2018, regresaba de un congreso. El avión hizo una escala en el Aeropuerto Internacional de Miami. Como cualquier pasajero medio aburrido por las horas de espera en conexión, fui a los sanitarios. A pleno mediodía había toda clase de personas entrando y saliendo. Ya para salir estaba abriendo la llave del grifo cuando noté que un papel de basura cayó justo entre mis manos. Mi reacción inmediata fue pensar que alguien había fallado el tiro al cesto de basura que hay entre cada lavamanos. No le di mayor importancia. Pero de pronto, un segundo papel volvió a caer entre mis manos jabonosas. Entonces giré la cabeza y en un instante fugaz vi a un muchacho rubio mirándome con una mezcla de sorna y odio. Por supuesto se perdió entre la multitud de pasajeros. Todavía me quedé un rato quieto tratando de procesar lo sucedido. Ahora, años después, mientras escribía este ensayo me

¹ En un encuentro en Guadalajara del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS), Werner Mackenbach sugirió que a estas alturas sería pertinente hablar de personas con identidad afroterritorial, ya que ahí se establece un punto de espacio imaginado común, fuera del ámbito de la descendencia.

pareció pertinente retomar aquel suceso en el aeropuerto de Miami porque me sirve para reflexionar sobre los discursos de odio y sus múltiples vinculaciones políticas.

Con esta anécdota como telón de fondo advierto que las expresiones de odio no necesariamente requieren discursos, ni argumentos verbalizados. Pueden manifestarse como actos violentos, sin la más mínima información previa respecto al blanco del odio. Ahora pienso que aquel muchacho empeñado en lanzarme papeles de basura a las manos, no dirigía su furia contra mi identidad individual, sino contra un extranjero latino digno de un desprecio exacerbado por la vía de lugares comunes. Los actos racistas pueden ser tan inmediatos porque son mecanismos fáciles para cuestionar a otros pueblos y culturas supuestamente homogéneas.

En efecto, quien ejecuta un acto de odio es capaz de fabricarse un tiro al blanco a medida. Lo más importante para un odiador suelto es que el otro sea concebido como fantasía de un poder amenazante supuestamente peligroso, pero en todo caso inferior. Después de aquel suceso, recuerdo haber pensado más o menos lo siguiente: ¿Cómo alguien puede ser capaz de expresar ese odio con tal seguridad? Porque ante todo, quienes odian deben sentir seguridad. El racismo requiere de ciertas garantías para funcionar, ciertos presupuestos (Figuerola, 2020). De lo contrario quienes expresan sus odios no podrían actuar así; no podrían despreciar, atacar, humillar, incluso matar a otros. Carolin Emcke (2017, p. 35) en su famoso libro *Contra el odio* esgrime una declaración de principio “Si se duda del odio, no es posible odiar. Si dudaran, no podrían estar tan furiosos”.

Cierto, el atacante visceral está seguro de su odio. No lo invade la duda. Sus expresiones ofensivas suelen estar cargadas de frases tajantes del tipo “regresa a tu país”, “eres ilegal”, etc. Yo diría que el odiador se vuelve un mercenario de la certeza, lo cual parece casi una mala broma, porque al mismo tiempo el odio cargado de ignorancia requiere zonas difusas, pues la precisión implica escuchar, enfocar miradas y quizá lo más complejo, reconocer al otro como

ser humano rico en características diversas y contradictorias. Al mismo tiempo me surgió otra pregunta después del incidente en el Aeropuerto de Miami: si eso me sucedió de manera fugaz como simple pasajero transitorio, ¿cuánto odio simbólico deben soportar millones de personas que tienen que convivir cotidianamente con ciudadanos locales que desearían expulsarlos del país? Ese era el gran temor de muchísima gente de origen africano en las últimas elecciones en Francia. Temían que, de llegar al poder, la ultraderecha hiciera todo lo posible por expulsarlos o degradarlos como ciudadanos de ínfima categoría (Ehl, 2024).

Ahora bien ¿a partir de qué momento el odio se transforma en acto político? Vuelvo al muchacho del aeropuerto. No puedo afirmarlo del todo porque fue imposible cruzar palabras con él, pero nada impide interpretar su acción deliberada como una reacción política de alguien que se siente respaldado por supremacistas blancos. Sin embargo, como bien afirma John Griffin (2015, p. 86) en su libro *Negro como yo* “los personajes más repugnantes no son los ostentosos racistas ignorantes, sino las mentalidades legalistas que actúan en su nombre que ‘inventan’ para ellos las propuestas legislativas y los boletines propagandísticos”. Esto implica que muy probablemente aquel muchacho del aeropuerto me lanzó papeles de basura sintiéndose respaldado por grandes cantidades de discursos contra migrantes latinos. Esta conjetura no es tan descabellada. Sabemos bien que el odio puede deslizarse fácilmente hacia el terreno de lo discursivo. Basta que alguien haga pública una opinión, por ejemplo, contra el silencio que deberían guardar los migrantes por el hecho de trabajar en otro país de acogida distinto al suyo. Basta que, sin mediar palabras, alguien arroje un papel de basura en un lavamanos público para dar a entender que la sola apariencia de extranjero latino puede ser motivo suficiente para ser atacado desde una blanquitud pretendidamente superior. Tales actitudes parten, sin duda, de estereotipos cargados de percepciones muy sesgadas en torno a los migrantes. Muy recientemente Ernesto Castañeda y Carina Cione (2024) desmienten falsedades

extendidas sobre migrantes en Estados Unidos. Por ejemplo, niegan que en realidad constituyan una amenaza para la población porque pagan por servicios y generan riqueza económica, generalmente a cambio de salarios muy bajos. Otro prejuicio extendido contra migrantes es de orden cultural. Se difunde la creencia de que la lengua nativa corre peligro debido al avance del español. Sin embargo, no hay argumentos científicos que respalden este temor. Castañeda insiste en que se puede ser bilingüe sin riesgo de perder la lengua propia. Otro más, entre muchos presupuestos infundados es que la región fronteriza del lado estadounidense es peligrosa e insegura. En una entrevista de Patricia Caro publicada en *El País*, Ernesto Castañeda desmiente ese prejuicio:

Mucha gente piensa que la región fronteriza del lado americano es peligrosa por los inmigrantes que llegan, pero lo que encontramos al escribir este capítulo, fruto de muchos años de trabajo en el que analizamos cientos de investigaciones, es que, para un ciudadano americano, sobre todo blanco de clase media, es de los lugares más seguros del país. Sin embargo, si uno es inmigrante recién llegado, mujer, LGBTQ, indocumentado, de origen indígena, que no habla castellano, puede perder la vida (Caro, 2024, párr. 8).

Como puede verse, los prejuicios estigmatizantes hacia migrantes suelen lanzarse bajo el entendido de que ellos ponen en riesgo a la población local. Sin embargo, no hay datos verificables que respalden este prejuicio. Quienes logran pasar el muro fronterizo se entregan a las autoridades. Se trata de personas que han tenido que atravesar el desierto en condiciones muy riesgosas. Además, ya vienen huyendo de violencias arraigadas en sus propios países. En cambio, los migrantes sí pueden estar en grave riesgo debido a los odios que reciben y a las exacerbadas condiciones de fragilidad a las que sistemáticamente son sometidos.

El odio hacia migrantes

Ahora bien, los discursos de odio no necesariamente son arteros, ni frontales. Pueden disfrazarse de argumentos falaces utilizados para estigmatizar y criminalizar, por ejemplo, a los migrantes como delincuentes, invasores, depredadores, y en última instancia peligrosos (Nemecio, 2017). El ejemplo de partida remite inevitablemente a un tipo particular de actos de odio hacia migrantes en Estados Unidos. Pero acá en México también se han intensificado toda clase de repulsas y manifestaciones de odio contra migrantes centroamericanos, a pesar de que México, desde hace muchos años, ha sido expulsor de millones de migrantes hacia Estados Unidos. En años recientes, tal vez como pocas veces se ha visto en la historia actual del país, una parte de la sociedad mexicana ha vertido toda clase de declaraciones contaminadas por prejuicios racistas y actitudes de odio hacia migrantes centroamericanos, especialmente en plataformas digitales como X, Instagram y Facebook.

Quisiera referirme a las famosas “caravanas migrantes” como se han conocido a los éxodos masivos que desde octubre del 2018 emprendieron millones de personas, en su mayoría provenientes desde Centroamérica, con el objetivo de cruzar territorio mexicano hacia Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida. En numerosas declaraciones, el otro, extranjero, pobre (aunque en México haya millones de pobres) dejó de ser entidad abstracta para convertirse en invasor multitudinario y sobre todo amenazante. Con insistencia se lanzaron argumentos cargados de supuestos atemorizantes, narrativas catastróficas y símiles metafóricos entre inmigrantes y plagas bíblicas. En menor medida hubo comentarios impregnados de concesiones indulgentes sugiriendo que los migrantes pueden ser protegidos, pero sobre todo deben ser vigilados, como si fueran fantasmagorías que han penetrado al dominio interior de una sociedad bien cohesionada. Pese a muestras de apoyo conservadoras hubo marcadas sugerencias imperativas para que

autoridades y sociedad en general se ocuparan de los migrantes centroamericanos, como si fueran personas despreciables porque al ser pobres y al desplazarse en grandes grupos, supuestamente amenazaban con fracturar una cierta cohesión civilizada, sin importar siquiera que, la gran mayoría, según manifestaron abiertamente, no planteaban quedarse en México, sino transitar de paso hacia Estados Unidos.

De todos modos, aquellos migrantes del 2018 fueron víctimas de repudios abiertos, cargados de sospechosismo delincencial. Los ejemplos se multiplicaron prácticamente en cualquier periódico, no se diga en todos esos mensajes efímeros que se difundieron sin control por Facebook, o Twitter. Una mujer, vecina del Auditorio Benito Juárez, lugar acondicionado como refugio en Guadalajara, dijo lo siguiente en una entrevista. “Que se queden confinados allí adentro, que no tengan la libertad de andar saliendo, porque exponen a los comercios, a la gente de por aquí, pues es gente que no conocemos y no sabemos qué plan traigan” (Gómez, 11 de noviembre de 2018).

Al menos dos actitudes saltan a la vista, al cobijo de un pronunciamiento como este. En primer lugar, el tono imperativo “que se queden confinados, que no tengan libertad”. Se trata de órdenes simbólicas disfrazadas de simples opiniones. Quien habla pretende asumirse como eco autoritario de muchas otras voces deseosas de mantener a los otros confinados, bajo resguardo, sin opciones mínimas de integración. Ese comportamiento verbal no solo implica la expresión de deseos impulsados desde miedos colectivos. Se trata también de consolidar un cierto grado de poder simbólico. El otro, de facto, es juzgado, no desde razonamientos argumentativos, sino desde planos emocionales, lo cual ha jugado históricamente un rol político de suma importancia, pues la propagación de temores sin matices refuerza toda clase de asociaciones estereotipadas entre migrantes y delincuencia “Se pudiera decir que hasta delincuentes, causando daños y lesiones a las autoridades, violentando las normas al entrar por la fuerza a nuestro país” (*El Informador*, 2018).

Cabe señalar que los odios hacia migrantes están estrechamente vinculados con la xenofobia implicada durante todo el proceso de desplazamiento, aunque ciertamente se intensifica a partir de los primeros contactos entre migrantes y población local. (Bauman, 2016) La xenofobia hacia migrantes indocumentados resulta particularmente grave porque no se trata de un sentimiento de rechazo asociado a un momento muy particular, ni a personas específicas, como suele ocurrir, por ejemplo, hacia turistas extranjeros que en algún momento de su estadía eventualmente pueden recibir algún desplante de rechazo. En cambio, las manifestaciones xenófobas hacia migrantes pobres atentan contra los derechos humanos de las personas, ya que pretenden negar a grandes colectivos solo por su nacionalidad, a partir de conductas agresivas desinformadas y plagadas de lugares comunes. Otro rasgo nocivo de las conductas xenófobas es que perpetúan el racismo al interior de sus contextos nacionales. Esto implica que, quienes lanzan consignas xenófobas hacia migrantes, no solo causan estragos hacia esos migrantes, sino hacia las dinámicas perceptivas interiores de las sociedades a las que pertenecen, ya que perpetúan el racismo y facilitan una cierta actitud colectiva más o menos complaciente hacia la trata de personas en tránsito (Calderón, 2021).

Este fenómeno de percepción discriminatoria del otro, suele estar tan arraigado que aún en situaciones específicas, cuando los migrantes reciben buenos tratos se mantiene el prejuicio de que en el fondo siguen siendo personas indeseables o criminales potenciales. Otro aspecto de tensión polarizada, a nivel de percepción colectiva hacia migrantes en tránsito consiste en lo siguiente: por un lado, numerosas opiniones públicas subrayan aspectos heroicos de las travesías. Cantidades de kilómetros recorridos a pie, padecimientos sufridos por condiciones climáticas adversas, falta de alimentos, exposición constante a extorsiones, amenazas y ataques,

tanto del crimen organizado, como de las policías mexicanas.² Y sin embargo, todas estas condiciones adversas no resultan suficientes para que, al mínimo desliz de un solo migrante, inmediatamente la misma opinión pública se vuelque en ataques, acusaciones y toda clase de menosprecios cargados de odio.

Un caso representativo de este desequilibrio patológico por parte de la opinión pública, se produjo el 15 de noviembre del 2018, cuando Miriam Celaya, de nacionalidad hondureña, en una breve entrevista a un reportero de la cadena alemana Deutsche Welle hizo un comentario de 21 segundos aproximadamente quejándose sobre los frijoles molidos que le habían dado para comer: “Mira lo que están dando: puros frijoles molidos, como si le estuvieran dando de comer a los chanchos. Y ni modo, hay que comernos esa comida porque si no, nos morimos de hambre” (*El Informador*, 2018, párr. 9).

A los pocos minutos de que el periodista subiera el comentario al diario *HuffPost* México, se desató una suerte de linchamiento mediático, salpicado de burlas ofensivas, memes y agresiones verbales cargadas de lenguaje soez. Reproduzco tres comentarios, entre muchos otros publicados en la red X el 18 de noviembre de 2018:

—Esta pinche vieja de seguro a de comer carne de cortes finos en su país frijoles son alimentos de la canasta básica que no llegó a las manos de comunidades indígenas mexicanas pero sí a las manos de ella y lo desprecia FUERA INVASORES mal agradecidos (Martínez, 2018).³

—Desagradecidos. Supongo que quieren entrar a la fuerza a otro país porque en el suyo comen faisán dorado. Me dio hambre jajaja (Mrs. A, 2018).

² La periodista Ana María Aragonés aporta los siguientes datos (*La jornada*, 24 de enero del 2019) 57 por ciento del Triángulo Norte (Guatemala, el Salvador y Honduras) vive en pobreza. 30 por ciento de los jóvenes no estudian ni trabajan y el nivel de homicidios es de los más altos del mundo, lo que hace de la inseguridad una vida en constante zozobra.

³ En defensa de privacidad, omito los nombres de la mujer involucrada y de los comentaristas. La ortografía es la original.

—Porque mierda te tengo que dar de comer? Para empezar, entraste a mi país violando sus leyes y fronteras, invadiste el país pues entraste por la fuerza, vergüenza debería de darte. Nosotros ya tenemos nuestros problemas como para venir a cargar con ustedes (Ash, 2018).

Según documentan diversos diarios, además de una lluvia de comentarios exacerbados, Miriam Celaya recibió amenazas de muerte. Y a pesar de que días después volvió a aparecer en otro video ofreciendo disculpas, tuvo que abandonar el campamento en el que se encontraba con evidente temor ante los riesgos que corría su vida. Quienes escriben mensajes de odio en redes sociales gozan de cierta impunidad porque ellos no reciben sentencias, en cambio, sí dictan las suyas. Tan terribles pueden ser los odios proferidos en redes sociales. Si en algún tiempo había cierto pudor al esgrimir opiniones racistas, ahora se puede odiar abiertamente sin reparo alguno. Los odios se han vuelto atmosféricos porque están en todas partes (Villoro, 2024). Las fantasías violentas que se lanzan como bolas de lodo a través de Internet ya no se disfrazan con algún pseudónimo. Tal vez en algún momento parecía inconcebible que los discursos públicos pudieran embrutecerse de un modo tan soez. Ahora los argonautas del odio se muestran sin pudor a través de atmósferas espectrales en pantallas digitales. Una parte del drama consiste precisamente en el hecho de que mientras los odiadores reciben sus dosis de satisfacción adictiva cada vez que lanzan un mensaje de odio, en cambio los receptores de esos mensajes pueden sufrir consecuencias traumáticas. Como bien sabemos, cualquier persona puede ser víctima de acosos desmedidos en redes sociales. Pero no creo que la posibilidad de ofender, vociferar y humillar sin freno pueda mostrarse como signo de progreso, aún al cobijo de nuevas tecnologías. Tampoco parece motivo de orgullo democrático el hecho de que todo ese exhibicionismo cargado de odios y resentimientos haya cobrado relevancia pública, incluso política. Un problema de toda esta vertiginosa difusión de odios en redes

sociales está en el hecho de que los odiadores invariablemente pueden esconderse o al menos volverse borrosos atrás de las mamparas tecnológicas. Desde un punto de vista cultural, desconcierta saber tan poco de las personas que lanzan mensajes de odio. No es fácil seguir las trayectorias del odio, aunque los mensajes proferidos tengan profundas consecuencias.

El odio como sesgo político

Ahora bien, ¿de qué manera los discursos de odio son políticos? Yo destacaría dos aspectos. Primero, aunque insultos, humillaciones y amenazas cargadas de odio puedan ser esgrimidos por una persona en particular, de fondo su impulso es colectivo ya que están solapados por grupos de poder. Segundo, los odios son ideológicos. Su argamasa argumentativa requiere ideas que en apariencia forman un todo coherente. “¿Por qué tenemos a toda esta gente de países de mierda viniendo aquí?”, dijo Donald Trump en enero de 2018, refiriéndose a países africanos, pero también a Haití y a El Salvador.⁴ Ese *aquí* al que alude Donald Trump no es un simple adverbio de lugar, sino un marcador discursivo prefijado cargado de ideales y cadenas de asociaciones valorativas de supuesta libertad, progreso y democracia en referencia a los Estados Unidos. Pero quizá, lo más importante es que ese *aquí* enunciado por alguien como Donald Trump forma parte de una cadena de asociaciones simbólicas arraigadas con fuerza. Se trata de un odio que no tiene nada de espontáneo, más bien funciona como polvo tóxico lanzado de manera sistemática desde mucho tiempo atrás. Quienes piensan que esa clase de declaraciones son simples exabruptos efímeros contribuyen involuntariamente a seguir alimentando los discursos

⁴ Esta nota se publicó en numerosos diarios internacionales, entre ellos BBC News Mundo, el 11 de enero de 2018. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-42655777>

de odio político. En efecto, para entender cómo se atiza el fuego de los odios políticos es necesario alejar la mirada del fuego mismo y más bien observar a quienes soplan avivando las llamas. Por eso me parece que una clave de los discursos de odio está en el clima de fanatismo que fomenta la siguiente idea concebida por Amos Oz (2002, pp. 12-13) “si pienso que algo perjudica mis creencias, entonces debo difundir argumentaciones orales, escritas o visuales orientadas a destruir eso, o cuando menos anularlo hasta donde sea posible”.

Pero ¿cómo desactivar los efectos tóxicos del odio? Amos Oz propone al menos dos vías. En primer lugar, abrirse al conocimiento real de los otros considerados extraños, diferentes o enemigos. En segundo lugar, entablar relaciones con esos otros de la manera más horizontal posible. No son tareas sencillas, pues las biopolíticas del miedo nos insisten en todo momento que debemos permanecer a una distancia segura de los demás. Miedos y odios funcionan como principios universales de tensión distanciadora. Por todos lados emergen voces clamando por nuestra supuesta seguridad. De modo que el manual del buen ciudadano nos dice que debemos temer a los migrantes, a los extranjeros, a la gente pobre, a todo aquel que nos parezca extraño, etcétera. Como dice Slavoj Žižek (2009, p. 57) en su libro *Sobre la violencia* “Vivimos en atemorizada comunión con personas atemorizadas”.

En su novela *Una pantera en el sótano* (2013), Amos Oz elabora una maravillosa escena ilustrativa sobre la posibilidad de atenuar el fanatismo político-religioso hasta volverlo inútil, casi absurdo. Un jovencito judío apodado Profi, de pronto se ve obligado a darse un baño de relativismo prejuicioso. Por casualidad entabla amistad con un policía británico, considerado enemigo político. Durante dos semanas se reúnen a escondidas. Intercambian conocimientos de inglés y de hebreo. Al fragor de esa convivencia, el muchacho descubre que algunas de sus creencias más arraigadas eran simples fantasías absurdas. Descubre que las mujeres no tienen cuernos ni cola alargada. También se ve obligado a admitir que ningún ser humano,

ni siquiera los árabes que tanto cree odiar, tienen cuernos o colas alargadas. Esas dos semanas fueron decisivas para el joven Profi porque abandona sus creencias esquemáticas en blanco y negro. Para su asombro, la simpleza de aquellas fantasías que le proporcionaban una perspectiva cómoda y rudimentaria de la vida se le esfuman entre las manos en unos cuantos días. Por supuesto pagó un precio. Dejó de ser un niño y sus amigos empezaron a acusarlo de traidor. No olvidemos que el traidor, a ojos del fanático, no es quien refuta sus ideas, sino simplemente el que cambia su manera de pensar. Por eso quien decide no fanatizarse se vuelve traidor a ojos del fanático.

Quizá el fanatismo, tan proclive a los odios, sea más viejo que cualquier ideología o credo en el mundo. Desafortunadamente se trata de un combustible muy volátil, gratuito, de fácil acceso para cualquiera. Basta dejarse llevar por el encanto seductor de los prejuicios envueltos en historias que remueven nuestros temores más arraigados. Además, hoy en día, las redes sociales proveen estupendas herramientas para que cualquier persona sentada en chancletas frente a su computadora, pueda, en un abrir y cerrar de ojos volverse inquisidor, incluso profeta mesiánico. De ese modo el fanatismo puede manifestarse por todos lados. No tenemos que pensar en el político radical que agita puños en la pantalla de televisión. Hay otros fanatismos mucho más discretos, fermentados al calor de las buenas familias. Quizá todos conozcamos a personas que jamás se atreverían a soltar un puñetazo contra una diputada trans, pero esas mismas personas bien educadas sí serían perfectamente capaces de esgrimir comentarios a favor de quien se atreva a hacerlo. Desde luego, no se trata de afirmar que solo por expresar opiniones vehementes, una persona ya se ha fanatizado. En realidad, me parece que la semilla del fanatismo empieza a brotar en cuanto alguien esgrime una supuesta superioridad moral que impide llegar a un acuerdo.

Aquí también importa la gradualidad. Un militante ecologista radical bien puede asumir sus manifestaciones desde una cierta superioridad moral, pero sin duda los estragos serán menores si los

comparamos, por ejemplo, con los planes de genocidio enquistados en un depurador étnico o en un terrorista a sueldo. Enseguida muestro una secuencia de fotografías de linchamientos en el sur de Estados Unidos durante la primera década del siglo XX.



Asistentes al linchamiento de dos afroestadounidenses en Indiana, 1930.

Fuente: www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-43745735



Postal coloreada del linchamiento de Virgil Jones, Robert Jones, Thomas Jones y Joseph Riley el 31 de julio de 1908 en Russellville, Kentucky.

Fuente: https://collections.carli.illinois.edu/digital/collection/nby_teich/id/4084/

Estas fotografías llegaron a circular en el correo ordinario como tarjetas postales, tal y como se aprecia en la segunda imagen. Literalmente hablamos de crímenes atroces convertidos en *souvenirs*. El simple hecho de que los ahorcamientos pudieran ser

anunciados en la prensa nos habla de una dimensión terrible de la incitación al odio racial, a través de espacios públicos. No se trataba de acciones impulsivas ejecutadas por una turba enardecida, sino de un sistema político sistemáticamente permisivo con gente blanca que, desde los años posteriores a la abolición de esclavitud se atribuía derechos de reprimir, castigar y violentar a ciudadanos afroamericanos. Pese a ello, era muy raro que los linchadores fueran enjuiciados. Por cierto, quisiera señalar que hay todo un campo de trabajo en discurso sobre los actos de linchamiento en general.

Odio hacia afromexicanos

Quisiera referirme ahora a una variante de los odios discursivos hacia personas morenas y en particular hacia afromexicanos. Se trata de un territorio en plena efervescencia de estudios discursivos en nuestro país. Mónica Figueroa (2020) advierte, sin embargo, que este creciente interés por los estudios sobre negritud en México sigue muy vinculado a odios ancestrales hacia lo prieto, lo moreno. En efecto, el rechazo contumaz hacia los tonos de piel oscura no debería percibirse como una simple actitud de menosprecio prejuicioso, pues en realidad funciona como un mecanismo deshumanizador y propicio a efectos de arraigo ideológico relativo al blanqueamiento social. Es así como el repudio prejuicioso hacia lo negro ha mantenido a sectores de población afro confinadas en posiciones excepcionales o de plano negadas totalmente. Gonzalo Aguirre Beltrán (2005, p. 355) pionero desde 1942, de los estudios sobre negritud en México, se lamenta de que en la *Historia de México* de 1978, editada por Salvat y coordinada por Miguel León Portilla no haya mención alguna sobre negros en México a lo largo de 3100 páginas que conforman los trece volúmenes ilustrados. Desde el punto de vista de Aguirre Beltrán, una omisión de tal calibre solo podía ser posible debido a la ausencia, entre los colaboradores de aquel proyecto enciclopédico, de un científico social especializado

en estudios africanistas. Sin duda, una desatención histórica de tales dimensiones ha sido posible en virtud de un racismo larvado sistemáticamente a lo largo de generaciones, desde el periodo virreinal hasta nuestros días. Recordemos que apenas en 2015, el INEGI incluyó por primera vez a las personas afrodescendientes en sus registros de población mexicana.

Quisiera ilustrar el desprecio racial hacia personas afromexicanas con un par de ejemplos por demás significativos. El primero corresponde a las discriminaciones sufridas por el activista de origen haitiano de nacionalidad mexicana, Wilner Metelus. En diferentes ocasiones ha narrado a medios informativos cómo fue que, al mostrar su pasaporte en el aeropuerto de Ciudad de México, un agente migratorio lo sometió a un interrogatorio acusatorio insistiendo que no podía ser mexicano porque “un negro no puede ser mexicano”. Bajo ese argumento, a todas luces racista, Metelus fue detenido durante más de dos horas. En otra ocasión también tuvo que soportar la misma agresión en el Aeropuerto Internacional de Tijuana con un argumento semejante. Se podría decir que esas detenciones arbitrarias forman parte de mezquindades cotidianas cometidas por agentes migratorios apostados en aeropuertos internacionales mexicanos. Sin embargo, las detenciones a Metelus ejemplifican el comportamiento racista que históricamente han mantenido las autoridades migratorias mexicanas hacia la población afrodescendiente de México.

No se trata de acciones aisladas. En un informe publicado en el 2020 se exponen casos específicos de personas afrodescendientes que reiteradamente son detenidas arbitrariamente por agentes del Instituto Nacional de Migración. El informe advierte sobre los peligros que corre cualquier persona de piel oscura al ser detenida en puestos fronterizos, ya que solo por tener ciertos rasgos físicos, los agentes migratorios pueden portarse de manera muy discriminatoria. Por ejemplo, muchas veces no les parece suficiente que las personas detenidas muestren identificaciones institucionales del INE. Arbitrariamente les exigen que entonen el Himno Nacional.

También les hacen preguntas aleatorias sobre pasajes de la historia de México. Además de lo humillante que llegan a ser esas detenciones, en el caso de las mujeres resulta especialmente peligroso.

Como segundo ejemplo expongo el caso de Tobyanne Ledesma Rivera, actual directora general del Mecanismo de Protección a Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas. En 2009, ella y su madre viajaban en autobús rumbo a Tapachula, Chiapas cuando agentes migratorios marcaron alto en carretera y abordaron el autobús. Como suele suceder en esos casos, los pasajeros trataron de mantener la calma sumidos en la incertidumbre que esas “revisiones” provocan. Los agentes incurrieron en otra arbitrariedad. Nada más a Tobyanne y a su madre les solicitaron documentos que demostraran su nacionalidad. Tras afirmar que ambas eran mexicanas, Tobyanne argumentó que no llevaban pasaporte porque no estaban saliendo del país. De todos modos, los agentes las bajaron del autobús, las separaron y las sometieron a sendos interrogatorios. Para completar la humillación las obligaron a cantar el himno nacional y también les exigieron responder preguntas sobre tópicos de historia mexicana. Pasaron así más de dos horas. Al final los agentes dejaron de interrogarlas, pero como el autobús ya se había ido, Tobyanne y su mamá tuvieron que caminar solas de regreso. Además de todo el proceso humillante, los agentes actuaron de manera muy irresponsable, pues en un país con tanta violencia hacia las mujeres y altísimas tasas de feminicidios resulta inaceptable que autoridades del Estado las hayan abandonado en una carretera plagada de delincuentes.⁵

Los casos de detenciones arbitrarias en México hacia personas de piel oscura son frecuentes. En otro reportaje publicado en la revista *Proceso*, Témoris Grecko (2017) narra cómo la activista Tanya Duarte, nacida en Mazatlán y afincada durante muchos años en

⁵ Este suceso es recogido el 11 de julio de 2019 mediante una entrevista telefónica que realizaron las autoras del informe con Tobyanne Ledesma Rivera. También apareció en la *Jornada* el 30 de noviembre del 2020, en un reportaje de Redacción sin Fronteras titulado *Agentes federales en México dan cacería a migrantes “por su color de piel y su olor”*.

Ciudad de México y en Tepoztlán ha sido discriminada muchas veces por su aspecto afro. Una noche, cuando tenía 29 años, Tanya viajaba de Cancún a San Cristóbal de las Casas en un autobús de la línea ADO. De pronto, agentes de la Policía Judicial Federal detuvieron el autobús y subieron a revisar. Los pasajeros iban dormidos. Solo a Tanya le ordenaron bajar. Le pidieron identificaciones. Ella mostró pasaporte y acta de nacimiento. Aún así la llevaron a una casita apartada, muy precaria “de lámina y metal”. Tanya asegura que no la dejaron llamar por teléfono. Afortunadamente el chofer del autobús estuvo todo el tiempo cerca. Quizá eso facilitó las cosas para que la liberaran. Sin embargo, esa clase de detenciones arbitrarias son bastante comunes. Témoris Grecko afirma lo siguiente:

A diferencia de muchos mexicanos, que pueden salir de una situación así mostrando la licencia de conducir, la credencial de elector, la de estudiante o, incluso, la del club deportivo, Tanya es sometida regularmente a mayores exigencias y peores tratos debido a su apariencia africana (Grecko, 2017, s.p.).

Tanto para Tanya Duarte como para otras personas de aspecto afro, resulta humillante y por demás peligroso que sean tratadas en su propio país como extranjeros sospechosos de haber cometido algún delito. Ella afirma que nada más en el aeropuerto de Tuxtla Gutiérrez ha tenido siete incidentes de detenciones arbitrarias debido a su apariencia afro. Este trato discriminatorio desde el Estado suele ser recurrente entre agentes del Instituto Nacional de Migración, miembros de la Guardia Nacional, policías municipales y soldados del Ejército. Persiste un desconocimiento muy arraigado respecto a la presencia histórica de afromexicanos en territorio nacional. Estos ejemplos revelan los nefastos alcances que, bajo ciertas circunstancias puede tener la idea de nación. Mario Rufer (2016) ha insistido muchas veces en que la nación es una noción imaginada ontológicamente desde el poder. A partir de ahí se generan acciones, entidades étnicas aparentemente homogéneas. Uno de los efectos más perversos generados por toda esa entelequia

representada desde el poder es que al final del día se generan odios hacia grupos humanos infravalorados socialmente. No se trata de cualquier menosprecio, sino de representaciones muy agresivas que fragilizan profundamente a las personas, poniéndolas incluso en peligro de muerte. Además, habría que sumar una cultura negacionista transversal expuesta en medios populares de consumo masivo como ha sido el cine mexicano de la llamada época de oro, así como en las telenovelas, donde los papeles para afrodescendientes quedaron relegados a esclavos, sirvientes, borrachos, prostitutas, ladrones, etc.

Todo esto ha propiciado una ausencia muy significativa de referentes afros mostrados como modelos libres de estereotipos degradantes. Desde imaginarios estereotipados el Estado mexicano ha tratado de imponer un blanqueamiento étnico mestizo supuestamente conformado por españoles e indígenas. Pero esa idea de nación dista mucho de una multiculturalidad real. De manera que el Estado mexicano ha tratado de concebir su propia idea de nación diseminada con camisa de fuerza hasta en los libros de texto gratuitos distribuidos por la Secretaría de Educación Pública. Todo eso ha contribuido a fomentar odios soterrados en México hacia personas de piel oscura. En esa misma línea de discriminaciones pigmentocráticas habría que preguntarse quienes son ponderadas como personas atractivas. A quienes aspiramos conocer. Cómo se habla de aquellos que supuestamente deberían inspirar miedo y, por el contrario, quienes son percibidos de antemano como personas de confianza. Quienes deberían ser fascinantes o exóticos. Quienes nos parecen repugnantes o asquerosos. Analizar discursivamente estas y muchas otras interrogantes nos ayudaría a comprender, de manera más amplia, la lógica del mestizaje en nuestro país, es decir, esa extraña seducción hacia lo blanco alejándonos de lo moreno como una profunda aspiración colectiva impuesta desde hace siglos. Dicho de otro modo, los análisis de discursos sobre las lógicas del mestizaje nos ayudarían a comprender al detalle cómo

es que en este país se alienta el fuego de lo racial hacia lo más blanco (Figueroa, 2020).

Al fondo se trata de diseccionar desde los usos del lenguaje, todos esos sutiles e incisivos odios hacia lo moreno como lubricantes del racismo mexicano. Quizá ese trabajo, aún por hacerse, no vaya a desanimar a quienes lanzan mensajes de odio indiscriminadamente porque ya sabemos que una característica de los fanáticos consiste en nunca darse por aludidos. Sin embargo, buenos análisis de discursos ayudarían a hacer mucho más reconocibles las fuentes, las estructuras profundas y los mecanismos subrepticios del odio público. De ese modo tendríamos instrumentos más finos para que los fanáticos que apoyan, aplauden y fomentan actos de odio al menos duden de sí mismos.

La urgencia de estos análisis está plenamente justificada. Ya no hay manera de negar que los discursos del odio han causado estragos políticos por todos lados. Con muchísima frecuencia desatan climas de intolerancia y rencor. En contextos de crisis pueden provocar en la sociedad civil prácticas agresivas, segregacionistas o incluso genocidas (Ipar, 2021). Claro, esa virulencia discursiva ha echado raíces, en buena medida, gracias a las redes sociales que posibilitan el intercambio de opiniones entre millones de personas en condiciones de profunda opacidad y desregulación. Ha corrido mucha tinta sobre este fenómeno. También tenemos buenos documentales al respecto. A pesar de las críticas recibidas por su narrativa, el documental *El dilema de las redes sociales* (Orlowski, 2020) nos deja ver que el gran negocio de las redes consiste precisamente en alimentar voluntaria e involuntariamente lucrativas dinámicas de odios sociales que incesantemente van de un lado a otro por todo el planeta movilizándolo el famoso capitalismo de atención. Claro, no todo ha sido negativo. Se trata de herramientas que han facilitado algoritmos de comunicación inmediata entre millones de personas distantes en el mundo. Amigos, familiares, donadores de órganos, amores extraviados. Mucha gente dispersa ha podido conectarse, sin embargo, también se han desatado demonios. Es lo que ahora destaco.

Ya no es nuevo el tema de las adicciones a redes sociales. Si más atrás mencioné el fanatismo ideológico como un gran catalizador de odios reales, ahora toca hablar de la adicción a redes como un estimulante básico que propicia la circulación ilimitada de enormes cantidades de noticias falsas, cuyas consecuencias inmediatas pasan por las incitaciones al odio. Los grandes réditos de empresas como Facebook, X, Instagram y TikTok dependen de nuestra atención, del tiempo que dedicamos a ver y a movilizar contenidos, pero, además, otra parte de sus ganancias depende de nuestra transformación como usuarios. Defender a toda costa nuestra manera de pensar sobre un político implica también argumentar, enjuiciar, descalificar a otros que consideramos contrarios a nuestras ideas. Solemos pensar que ese afán, muchas veces insensato, será suficiente para que nuestros interlocutores cambien sustancialmente su manera de pensar. Por supuesto eso casi nunca sucede.

Todo eso forma parte de un proceso conductual cargado de intensidad discursiva. Quizá las afectaciones individuales que alcanzamos a percibir nos parezcan leves, incluso poco perceptibles, pero en términos colectivos, los efectos de incitación al odio en redes sociales pueden tener efectos muy potentes a largo plazo. Ya vimos lo que pasó con la manipulación de noticias sobre las vacunas. En un espléndido trabajo, Margarita Zires (2021, p. 381) analiza la irrupción de parientes de pacientes que tenían COVID-19 en el Hospital de Las Américas, en Ecatepec, el 1 de mayo de 2020. Ese fue uno, entre muchos casos de ciudadanos que tomaron acciones contra enfermeras, médicos e instalaciones hospitalarias a partir de comentarios, narraciones e hipótesis tremendistas que circularon en redes sociales. En esos mensajes se incluían expresiones como las siguientes: “nos inyectan”, “nos fumigan” “nos contagian” “nos están eliminando”. “Estamos viviendo un posible exterminio del que nadie habla y solo algunos se atreven a denunciar”. Como recordaremos hubo movilizaciones colectivas derivadas, en buena medida, por esa clase de mensajes esparcidos sin control a través de redes sociales.

Ese enorme desequilibrio entre afectaciones individuales y colectivas es posible porque los emporios virtuales ponen al alcance de cualquier usuario grandes cantidades de información circulando de manera aparentemente desregulada. Ya no es un secreto sostener que en realidad toda la información que consumimos y hacemos circular en redes forma parte del autodestructivo capitalismo de atención. Aunque no es nada fácil llegar a resultados definitivos, análisis empíricos como el elaborado en el Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (LEDA/UNSAM) demuestran cómo es que los discursos de odio tienen efectos directos sobre personas amenazadas, asediadas o violentadas en cualquier espacio de la esfera pública, tanto por sus posiciones políticas, sus opiniones, o simplemente por pertenecer a minorías sociales (Ipar, 2021).

Todas estas violencias proyectadas a través del lenguaje tienen consecuencias en la vida de las personas y merecen atención cuidadosa, pues en algún momento esas mismas violencias virtuales pueden ser decisivas en la construcción de identidades individuales, pero también al interior de familias, instituciones escolares o en el mundo laboral. Por otro lado, habría que analizar cómo es que esas violencias discursivas expandidas en la semiósfera social tienen otra clase de incidencias negativas en la vida democrática, por ejemplo, inhibiendo voces de colectivos emergentes o erosionando la dignidad de personas que pertenecen a grupos vulnerables. Tengamos en cuenta que también los discursos de odio en redes pasan por filtros algorítmicos dedicados a clasificar, orientar, incitar y en última instancia a legitimar cualquier cosa que se diga en contra de alguien (Sadin, 2019). ¿Deberíamos resignarnos a convivir con esta clase de inteligencia colectiva? ¿Tenemos otras alternativas? ¿Qué clase de vínculos ciudadanos establecemos a partir de los discursos de odio proyectados en redes? ¿Será posible entablar discusiones libres de coacciones? Debe haber opciones porque también es cierto que no todo es destructivo en redes sociales. Es verdad que encontramos múltiples manifestaciones de empatía, apoyo y

solidaridad. Mucha gente puede sentirse respaldada cuando recibe mensajes gratificantes. Lamentablemente los mensajes positivos, así como las verdades íntegras no son rentables para los modelos de desinformación actuales. Interactuamos en el ciberespacio con sistemas diseñados para facilitar el flujo incesante de noticias falsas plagadas de estulticia poco regulada.

De manera que, al menor descuido puede venir un zarpazo. El ciberespacio se ha convertido en un océano de oportunistas ego-céntricos cobijados por algoritmos que a la menor provocación lanzan mensajes violentos contra personas vulnerables y por alguna razón que los psicólogos seguramente saben explicar mucho mejor, esas críticas mordaces hacia mujeres que son acosadas, esas burlas hacia homosexuales que reclaman derechos, en fin, todo ese arsenal de amenazas y predicciones catastrofistas dirigidas contra personas que votan a favor de un candidato o candidata, libera endorfinas en muchas personas. También destraba rencores acorazados en silencio provocando una especie de valoración neurótica de los demás. Por si fuera poco, muchísimas valoraciones de odio se disfrazan de supuestas verdades alimentadas por ese síndrome del espejo que nos induce a aceptar la idea falaz de que muchos están de acuerdo con mis ideas y las de mi grupo. Poco importa si se trata de argumentos refutables. Esa es la ruta perfecta para manipular. Los estragos pueden ser incalculables porque tras consumir ciertos perfiles de opiniones durante tiempos prolongados ya es muy difícil que alguien acepte argumentos contrarios a esas montañas de información que tanta estimulación protectora le han concedido. Muchas opiniones de odio pasan al terreno de las creencias, y eso es oro molido para el negocio de las polarizaciones políticas.

Consideraciones finales

Quisiera terminar considerando un aspecto intrigante de los discursos de odio diseminados virtualmente. No hay indicios de que los avances exponenciales en tecnologías digitales atenúen la circulación caótica de todos esos odios viscerales, porque eso terminaría sofocando un negocio multimillonario. Y ya sabemos, el mundo de las opiniones codificadas de los algoritmos no funciona para apaciguarnos, al contrario, como afirma Carhy O'Neil (2020) matemática, especialista en manejos de datos, los algoritmos están optimizados para una definición de éxito, pero de un éxito comercial redituable para empresas multimillonarias, nunca para ciudadanos comunes y corrientes. El reto es grande porque al emprender nuestros modestos trabajos de discurso también será necesario tener eso en cuenta. Más que nunca, los discursos de odio están monetizados, alimentan aprendizajes automatizados de computadoras que se alimentan básicamente con el tiempo y el interés de millones de usuarios. Aunque analicemos mensajes individuales hay otra pugna mayor movilizada por la inteligencia artificial. Saberlo, inquirir, reflexionar al respecto es también un gran desafío para analistas que se adentren a estudiar los discursos del odio.

Bibliografía

Aguirre Beltrán, Gonzalo (2005). La presencia del negro en México. *Revista del CESL*, (7), 351-367. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=243320976020>

Ash. [@vanashtelroy] (18 de noviembre de 2018). Porque mierda te tengo que dar de comer? <https://x.com/vanashtelroy/status/1064163289339445248/>

Bauman, Zygmunt (2016). *Extraños llamando a la puerta*. Barcelona: Paidós.

Calderón Chelius, Leticia (2021). La sutil xenofobia que negamos. El caso de México. En Lucila Nejmkis, Luisa Conti, Mustafa Aksakal (Coords.), *(Re)pensando el vínculo entre migración y crisis. Perspectivas desde América Latina y Europa* (pp. 279-300). Buenos Aires: CALAS/CLACSO.

Caro, Patricia (1 de enero de 2025). Inmigración en US. *El País*. <https://elpais.com/us/migracion/2025-01-01/ernesto-castaneda-academico-si-el-deseo-maga-se-hace-realidad-no-va-a-ser-america-great-again-va-a-ser-la-america-mas-debil-de-la-historia.html>

Castañeda, Ernesto y Cione, Carina (2024). *Inmigration realities. Challenging Common Misperceptions*, Columbia University Press.

Ehl, David (10 de junio de 2024). Temor entre los migrantes ante el giro a la derecha de la UE. *Deutsche Welle Noticieros*. <https://www.dw.com/es/temor-entre-los-migrantes-ante-el-giro-a-la-derecha-de-la-ue/a-69326127>

Emcke, Carolin (2017). *Contra el odio*. Ciudad de México: Taurus.

Figueroa, Mónica (2020). ¿De qué sirve el asco? Racismo antinegro en México. *Revista Universidad de México*, 8, 63-68.

Gómez, Perla (11 de noviembre de 2018). Ayudarlos sí, pero de la puertaparaadentro. *Milenio*. <https://www.milenio.com/politica/comunidad/ayudarlos-si-pero-de-la-puerta-para-adentro>

Grecko, Témoris (1 de abril de 2017). Afromexicanos. La discriminación visible. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2017/4/1/afromexicanos-la-discriminacion-visible-181471.html>

Griffin, John (2015). *Negro como yo*. Madrid: Capitán swing libros.

Iachini, Gian Domenico (2021). La prensa contra los inmigrantes. *Historia, National Geographic*.

Ipar, Ezequiel (2021). *Informe LEDA cualitativo #1*. Buenos Aires: UNSAM, CONYCET.

Miró Llinares, Fernando (2016). Taxonomía de la comunicación violenta y el discurso del odio en Internet. *Revista de Internet, Derecho y Política*, (22), 82-107.

Mrs. A [@mrs_adr3] (18 de noviembre de 2018). Desagradecidos. Supongo que quieren entrar a la fuerza a otro país porque en el suyo comen faisán dorado. Me dio hambre jajaja. X. <https://tinyurl.com/5a9nt4wh>

Nemecio, Isabel Margarita (2017). Discriminación y discursos de odio contra personas migrantes. *Defensor. Revista de derechos humanos*, 15(2), 8-13.

Oz, Amos (2012). *Contra el fanatismo*. Madrid: Ciruela.

Oz, Amos (2013). *Una pantera en el sótano*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Rufer, Mario (2016). Nación y condición poscolonial. *Genealogías críticas de la colonialidad en América Latina, África y Oriente*. Buenos Aires: UNAM, IDAES, CLACSO.

Sadin, Éric (2019). La siliconización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital. *Revista CTS*, 42 (14).

Villoro, Juan (2024). *No soy un robot*. Barcelona: Anagrama.

Zires, Margarita (2021). El coronavirus no existe. Los están matando. De rumores y lógicas de pensamiento conspiracionista en México. En Gerardo Gutiérrez Cham, Susana Herrera Lima, Jochen Kemner (Coords.), *Pandemia y crisis. El covid-19 en América Latina* (pp. 376-406). Guadalajara: CALAS-Editorial Universidad de Guadalajara.

Zizek, Slavoj (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.